

Psicofarmacología ¹

Por

Prof. Dr. Gonzalo González Murillo *

PRIMERA PARTE

A través de los siglos la humanidad ha intentado la búsqueda del placer evitando o eliminando el dolor, de igual manera que actúa el niño que sobrevive en el hombre a lo largo de los años hasta la ancianidad. El niño que continúa inmerso en el hombre a través del curso de su individual historia es causa de las desdichas, de la ansiedad, de la angustia y en general de la inseguridad de este hombre que vivencia de manera fugaz la historia toda de la humanidad sintiéndola en su propia entraña.

Los primitivos aún más niños, lucharon intensamente para eliminar el dolor constituyente de la enfermedad, la cual creían de origen divino al considerar que las divinidades enviaban el castigo por transgresión de la ley moral. En la época de la cultura primitiva superior (antiguo Egipto, Mesopotamia, India y China) el sacerdote, adelantándose al psicoterapeuta actual, interrogaba al doliente con el objeto de descubrir durante el diálogo acontecimientos, motivos o "pecados" causantes de la enfermedad, tal como haber excitado el paciente al padre contra el hijo, o al hijo contra el padre o contra el amigo o haber hecho uso de falsos procedimientos en sus actuaciones que resquebrajaran la sutil cadena moral de las relaciones interpersonales. Probablemente con sólo el diálogo o sea con haber hecho emerger a la conciencia el hecho traumático, el hombre primitivo hace cinco mil o más años mejoraba o se restablecía de su dolencia ignorándolo como tal el sacerdote porque posterior a la confesión, a la emergencia del acontecimiento traumático o al descubrimiento del motivo, de inmediato se recurría a las ceremonias expiatorias: exorcismo, ofrenda, plegaria y sacrificio ritual. Por tanto este psicoterapeuta primitivo no vislumbró la raíz profunda de su éxito curativo, pero ello no menosprecia su exquisita intuición.

* Profesor Titular de la Cátedra de Neuropsiquiatría Escuela de Medicina,

¹ Publicación de la Cátedra de Psiquiatría.

Cuando al transcurrir del tiempo Alcmeón de Crotona (siglo VI a. de C.) expuso la primera doctrina patológica de occidente dando la primera explicación "científica" y "natural" de la enfermedad, de las ceremonias expiatorias y de la Kátharsis Pustal y ética se pasó al régimen físico (daíta) capaz de restaurar lo que la causa morbi alteró y a la exonodación de la materia morbosa. Al filo de esa época se aprecia surgir sutilmente el concepto científico natural de la medicina, el cual no logró desplazar al transcurrir los siglos al imperante en la medicina creencial formando ambos dos vertientes incommovibles: virus vs. hechizo, cáncer vs. mal de ojo, psicosis vs. maleficio, médico vs. curandero. Este acontecimiento es digno de mención: "afirma Alcmeón dice el fragmento de Aecio— que la salud es sostenida por el equilibrio de las potencias (isonomía ton dynameon): lo húmedo y lo seco, lo frío y lo cálido, lo amargo y lo dulce y las demás. El predominio (monarkhía) es una de ellas es causa de enfermedad (nósos). Pues el predominio de una de las dos es pernicioso. La enfermedad sobreviene, por lo que a su causa atañe, a consecuencia de un exceso de calor o de frío; y en lo que concierne a su motivo, a consecuencia de exceso o defecto de alimentación; pero en lo que atañe al donde, tiene su sede en la sangre o en la médula (myelós) o en el encéfalo (enkephalos). A veces se originan enfermedades por obra de causas externas; a consecuencia de la peculiaridad del agua o de la comarca, o por esfuerzos excesivos, violencias y causas análogas. La salud, por el contrario consiste en la bien proporcionada mezcla de cualidades" (Lain).

La medicina científica comienza con los griegos, perdurando los conceptos grecoromanos hasta hace apenas dos siglos. Hipócrates y Galeno fueron los maestros durante centurias; la teoría de los cuatro humores, sangre, bilis amarilla, bilis negra y flema dominó el pensamiento médico, siendo los conceptos hipocráticos eucrasia y discrasia (equilibrio y desequilibrio humorales) entre otros muchos, aún actuales. Sorano, de la escuela metódica griega cuyos seguidores derivaban todas las enfermedades de "un exceso de contracción o de relajamiento en la textura de los tejidos (status strictus, status laxus)", recomendaba para la frenitis (delirio febril?) cuarto moderadamente claro, tibio y espacioso, con ventanas altas para que el enfermo no pudiera saltar por ellas. Fueron indicadas por este autor fricciones en el tronco y cabeza con aceite tibio, sangrías seguidas a los días con aplicación de ventosas, sanguijuelas y escarificaciones no siendo ajenas a los tratamientos las prescripciones de eméticos y purgantes. Al considerarse las enfermedades mentales a menudo incurables, ya que al decir de Areteo terminaban en "es-

tupidez y entumecimiento", el médico tuvo el derecho moral de negarse a tratarlas hasta finales del siglo XVIII.

Durante la edad media la cirugía cayó en manos de bañeros y barberos y la psiquiatría en la de sacerdotes exorcisadores y perseguidores de hechiceros (Ackerknecht) que aprendieron mucho de su arte en el trágico-manual "Martillo de Hechiceros" (Hexenhammer) escrito en 1486 por los dominicos Kramer y Sprenger.

Paracelso (Philipus Aureolus Theophrastus Bombastus von Hohenheim, 1491-1541) el médico más célebre de su época, renuncianciaba en sus escritos terapéuticos, a toda clase descriptiva de procedimiento "psico-terápico" dando énfasis al tratamiento químico. Incluso en el Epilepsia, la cual creía enfermedad espiritual, prescribía alcanfor y polvo de unicornio o arcana (alcanfor, raspaduras de cráneo, polvo de unicornio, hierbas, raíces, etc.). En su armamentarium terapéutico no estaban ausentes el opio, el eléboro y la mandrágora.

Tratamientos brutales aún perduraban en el siglo XVIII tales como: la "sila de Darwin" (Erasmus Darwin azuelo de Charles Darwin, 1731 - 1802) en la cual se hacía girar al paciente hasta que le saliera sangre por la boca, nariz, y los oídos, la castración, las curas de hambre, la electricidad, el calomel, la digital (W. Withering 1775) recientemente descubierta, la cura por el dolor, por la náusea y por ducha fría durante la cual E. Horn de la Charité vertía sobre el paciente doscientos cubos de agua en una sesión.

Lentamente la terapéutica fue haciéndose más humana, aunque persistieron los vomitivos, los purgantes, las sangrías, la castración y la clitorrectomía, procedimientos en parte recomendados no hace aún mucho tiempo.

En el siglo XIX fue recio y seguro el concepto científico natural de la medicina (Virchow, Mueller) no siendo ajeno al mismo, Griesinger quien fundó la psiquiatría sobre base anatómica y fisiológica cerebral. Por lo tanto, todo intento terapéutico fue de otra índole que el psicoterápico siendo lógico que así fuera por el enorme prestigio de los anatomistas, fisiólogos, anatomopatólogos y clínicos europeos de finales de siglo.

Los Hospitales psiquiátricos eran ocupados en su mayoría por pacientes que sufrían Parálisis General Progresiva (Meningo-encefalitis parenquimatosa difusa luética). Al descubrirse la etiología del padecimiento así como los compuestos arsenicales por Ehrlich, dio optimismo a los probables beneficiosos resultados de

la terapéutica somática en Psiquiatría. Desde Hipócrates se habían hecho observaciones en relación a los efectos beneficiosos de los accesos febriles en ciertos padecimientos mentales, en las "parálisis" y en las "contracturas". En 1887 Wagner Von Jauregg (1857-1940) intuyó la posibilidad de tratar la P. G. P por medio de enfermedades febriles (paludismo) o vacunas. En 1917 introdujo la malarioterapia para combatir este padecimiento obteniendo el premio Nobel en 1927 por su brillante y beneficiosa aportación científica al respecto. Alejados o abandonados los procedimientos curativos por susto o intimidación (aunque no parecen ser otra cosa los tratamientos por choque) tal como prolongadas duchas frías, súbita inmersión y retención bajo el agua y las sillas giratorias, necesariamente la terapéutica siguió siendo exponente o resultado de las concepciones científicas de la época. Así el concepto imperante de las infecciones focales como causantes de diversos padecimientos somáticos hizo que se introdujeran en el tratamiento de las enfermedades mentales la amigdalectomía, la extracción de piezas dentarias con granulomas apicales, la colecistectomía y la apendicectomía. Siguiendo la misma línea de pensamiento, la bacteriología en su iniciación contribuyó al mismo fin con la introducción de vacunas polivalentes y autovacunas. Se aplicó suero de pacientes esquizofrénicos curados, se provocaron meningitis asépticas con suero equino y se introdujeron la proteinoterapia y piretoterapia como métodos curativos importantes. No es remoto el uso y aún se aplican por diversos autores, el S y el nucleinato sódico en inyecciones intramusculares así como la trementina con el objetivo de provocar un absceso aséptico en la región glútea (absceso de fijación). Descartados estos procedimientos como métodos terapéuticos a elegir en los padecimientos mentales, el terapeuta siente con frecuencia en lo más profundo de su ser, la necesidad de acudir a ciertos casos a procedimientos (proteinoterapia, piretoterapia) que provocan una conmoción o tormenta interna biológica con reacción global saludable a través de mecanismos cerebrales y endocrinos, tal como hipotalamodiencefalohipofisarios. Se siente el deseo de conmover por estos medios al organismo de un epiléptico, decaído, torpe y acrónico que por largo tiempo ha tomado Difenhidatoinato sódico y fenobarbital. Al aplicarlos el paciente mejora y se torna más sensible a las mismas drogas usadas.